

en su función viviente es preciso considerarle además en el tiempo, haciéndose por su medio la generación de alguna cosa. De lo contrario no se concibe más que el cadáver, y no se la puede atribuir la producción autónoma de cosa alguna.

No es exacto decir que el órgano hace la función; el órgano es el elemento presente en el espacio, que con intervención del tiempo *hace*, es decir, funciona, contribuyendo á una determinación común del tiempo y del espacio, que figura prácticamente como generación del órgano; y esta generación del órgano es la que á su vez puede figurar como elemento para la generación de otra cosa.

No es solamente la Fisiología la que formula más ó menos bien el concepto de órgano.

En el trato social se llama órgano al que funciona subordinándose á un poder ajeno, que le inspire, y al cual representa en los actos de la vida.

En música se llama órgano al instrumento que produce armonías al contacto de la mano del artista.

En la función inteligente se ha llamado órgano (lógicas de Aristóteles y de Bacon) al pensamiento, formulado de suerte que sirva de instrumento perfeccionado, en la formación de juicios particulares.

Puede el órgano producirse á sí propio, y además producir algo emanado de sí propio; pero es, entendiendo por órgano, no el cuerpo orgánico despojado de la función que se le atribuye, sino la función de este cuerpo, relativamente definido, coordinado con el coeficiente indefinido que pone en acción el organismo común.

Órgano y función.—El órgano es necesario para hacerse la función.

La función es necesaria para *hacerse* el órgano.

¿Cuál es antes? Los dos y ninguno. Son simultáneos en un presente, relativo á un ausente correlativo.

Ausente en lo pasado, que se representa en lo porvenir.

Organón.—Llamóse así por Aristóteles su organismo lógico, representado gráficamente, como se representa la vida en el anfiteatro anatómico por órganos inmóviles, ó en la cátedra de fisiología por órganos supuestos en instantánea inmovilidad.

El verdadero organismo, en cualquier concepto, es el práctico, el experimental, el que se *está haciendo*; no el que aparece en la obra de un filósofo, fotografiada en un libro.

Orgasmo, del griego *orgáo*, estar repleto de humedad.

Se ha usado esta palabra en medicina para significar una repleción humoral, dotada de actividad excesiva en el organismo viviente.

Si se quería atribuir una actividad espontánea al líquido (humor), en cuanto líquido, se incurría en un error.

Pueden los líquidos del cuerpo viviente mostrar actividad excesiva; pero esta actividad será siempre pasiva en su relación con el coeficiente indefinido de la vida. En ese mismo exceso de pasividad estriba toda función morbosa, que ya el sentido vulgar ha calificado siempre de *padecimiento*, enfrente del *hacimiento* activo del factor imperativo que manda vivir bien.

Orgullo, del griego *orgáo*.—Especie de orgasmo psicológico, que si es desmedido degenera en enfermedad.

Un moderado orgullo debe tener el hombre en el hecho de ser hombre,

y en cuanto se aprecia á sí mismo como bueno.

Bueno es con todo recordar, que no puede confiar un hombre enteramente en las sentencias que dicte *en su causa propia* el tribunal de su conciencia.

Origen, del sanscrito *rinóni*, ponerse en movimiento.—El origen de todas las cosas es desconocido: he aquí una vulgaridad.

Pero hay algún mérito en elevar esta vulgaridad á la categoría de ley científicamente asentada.

Elévase entonces lo *desconocido*, é *incognoscible*, relacionado siempre con lo cognoscible.

¿Qué importaría á los regantes con las aguas del Nilo conocer el origen del río? Y, sin embargo, no faltó quien diera importancia á tal empresa.

¿No será más importante aún conocer el origen de todo lo cognoscible?

Tal origen, como dijo explícitamente Sócrates, no es otro que el pensamiento humano, en cuanto conocedor rayano precisamente con lo incognoscible *se que no se*: único principio posible de saber algo.

El Nilo nació entre piedras y tierra firme: algo era conocer esta tierra y estas piedras. Por debajo del terreno, ¿qué sabemos? Por debajo de todas las cosas, ¿quién lo puede saber?

El pensamiento nace en el tiempo *presente* destacándose de un pasado y un porvenir definidos de algún modo particular. ¿Y *todo lo pasado* y *todo lo porvenir*? ¿Quién lo sabe? ¿Quién lo puede saber?

Y, sin embargo, ¿vale poco poder decir confiadamente: no lo puedo saber, y desafío á que lo sepa mejor que yo, otra persona como yo?

Verdad es que este desafío aun pudiera ser una fanfarronada personal. Esperaré al bienaventurado que me saque de mi error. Entre tanto viviré con él, ya que me deja vivir. Obedeceré á mi sentimiento, y Dios me perdone si hago mal.

Orígenes.—Uno de los primeros teólogos-filósofos de la era cristiana. Se propuso reunir en un cuadro completo los dogmas del cristianismo.

Dice que las tres personas de la Trinidad, aunque eternas, son desiguales. Dios es lo inefable, lo incomprendible; se revela por el verbo primogénito de Dios, y el espíritu recibe del hijo cuanto es y cuanto tiene, como el hijo del padre. El principio del mal no es ni la voluntad divina, ni la materia, sino la decadencia de las almas, que se encaminan libremente al mal. Por lo demás, el Bien acabará por triunfar, y todas las almas, y el mismo Satanás, entrarán algún día en el seno de Dios.

La doctrina de Orígenes es muy racional y conforme á una moral divina, simbolizada, en lo posible, dentro de las formas de la moralidad humana.

Puede, sí, rechazarla una fe intranquiente y absoluta; mas, si la fe prefiere vivir en armonía con la ciencia, á morir ó matar en el conflicto de ambos polos antitéticos, no debe menospreciarla demasiado.

Originalidad.—Representación de lo indefinido en el *origen* de una cosa.

Es original lo nuevo, no sólo como fenómeno, sino como ley; lo que se sobrepone á la costumbre, á lo ordinario y vulgar.

Puede haber originalidad para lo malo y para lo bueno. En ambos casos acredita la libertad ó la espon-

taneidad de la función viviente; pero sólo para el bien es plausible y meritoria.

La función subjetiva ofrece pocas originalidades; en el sentimiento inmediato son más frecuentes; y donde más abundan es en el sentimiento coordinado con la reflexión, como el fuego que caldea á obscuras se coordina con la luz.

La mujer es más original que el hombre en sentimiento relativamente inmediato, y el hombre por el contrario en sentimiento reflexivo.

Oro, del sanscrito *ush*, brillar; hebreo *or*, luz; griego *auros*; latín *aurum*.—Metal precioso, rey de los metales, como el brillante es la reina de las piedras.

Lo brillante es lo que reina en todo el ámbito *visible*.

Al brillo, sin embargo, ha de agregarse la consistencia. Lo deleznable, por más que brille, no se aprecia de igual modo.

El oro tiene la ventaja de reinar entre sus semejantes, las cosas definidas, inorgánicas.

Lo indefinido, lo viviente, y sobre todo el pensamiento, se bastardea y envilece, cuando se deja dominar por rey de tan inferior categoría.

Orquesta, del griego *órchésis*, danza.—Entiéndese por orquesta, no la danza, sino el *sonido* que sirve para danzar.

Danza el hombre en el mundo *al son* de sus sentimientos, acompasados por la batuta de su reflexión.

Ortografía, del griego *orthos*, derecho, y *graphéin*, escribir.—Dicen algunos que es la primera de las ciencias, porque la decadencia de un pueblo suele *significarse* por la falta de ortografía.

Que así se simboliza de algún modo

la cultura, es cierto; pero no que se simbolice de *este único modo*, y menos, que la ortografía tenga tal importancia que se la pueda considerar como la primera de las ciencias.

La ortografía es por sí misma una cultura apreciable: *la de la letra con que se escribe ó pronuncia la palabra*; su mala cultura suele acompañar á otras malas culturas; pero influye poco, á la verdad, en estas otras malas culturas, que juntas con ella, realizan mal la cultura en general.

Ortos, en griego *orthús*, derecho.—La ortopedia, la ortodoxia, son artes para que prevalezca lo derecho, lo recto en cada cosa. Si el arte recayera en cosa no viviente, la regla podría aplicarse rigurosamente; mas recayendo en un ser viviente, ya no puede la intervención ajena obrar sin el concurso de lo indefinido, es decir, de la espontaneidad ingénita en el proceso viviente que se intenta modificar.

Oscilación, voz derivada del latín.—Curva abierta entre dos extremos, que se cierra y torna á abrir sin que llegue á cerrarse por completo.

La gigantesca oscilación de la generalidad en el pensamiento, pasando incesantemente de lo indefinido á lo definido, es la que se abre y se cierra en la generación de un ser viviente.

Entre tanto, la curva abierta del péndulo y la cerrada del sistema astronómico, representan, dentro de los límites de lo inorgánico, las curvas abierta y cerrada que en el pensamiento se llaman análisis y síntesis.

Abrir la curva cerrada del sistema astronómico sería un atentado contra el orden universal: cerrar la curva abierta del péndulo, no conduciría

más que á un círculo vicioso. Ni por uno ni por otro camino se conseguiría determinar un conjunto de curvas cerradas y abiertas, que se sostuviera indefinidamente, por su innata virtualidad en el ejercicio de su función.

Menos se conseguiría improvisar la espontaneidad necesaria para que el péndulo comenzara á vivir en el mundo astronómico dentro de otro mundo superior.

Las oscilaciones de la duda en el pensamiento son prudencia en la determinación de muchas resoluciones humanas.

Las oscilaciones de los acontecimientos son caprichos del orden universal, que aunque sujeto á ley, puede infringirla, y la infringe á menudo *por accidente*.

Osiris.—Divinidad egipcia.

La contemplación del sol, joven y robusto en estío, pálido y enfermizo en invierno, ha podido inspirar en parte las fábulas de Osiris, Adonis, etcétera.

Pero la verdad es, que lo que pasa con el sol en la esfera astronómica, sólo es la confirmación en el mundo, de una función del espíritu, que es el primer origen de la inspiración religiosa.

La inteligencia encuentra en sí misma su desfallecimiento y su inminente ruina, así como su restauración por la fe. La ciencia conduce á la duda, que es el sol enfermizo de invierno, y llegaría á sucumbir si no siguiera inevitablemente á la duda la fe, como al invierno la primavera. El pálido sol de invierno, el castrado Osiris, ó Adonis, sacan de sí mismos suficiente energía, para concebir en su debilidad femenina, la fuerza y la arrogancia de una vida mejor.

Recuérdese la fábula (La razón de la sin razón) donde figura una joven que estuvo por dos años enamorada del sol. También en ella surgió espontáneamente la idea de enfermedad del astro en invierno y restauración en verano. Pero un eclipse curó á la joven, enseñándola á creer en la regeneración indefinida de su ideal casualmente desvanecido.

Otreidad, de otro.—Llamaremos así la función del *otro* enfrente de su contrario el *mismo*.

El otro y el mismo, conciliados entre sí, son lo general que se simboliza por la línea curva en el esquema geométrico de la vida.

En particular, el otro es otro que el otro, y de aquí no pasa nunca.

Sólo en general cabe decir que coinciden los otros en la *misma* condición de ser otros.

El *mismo* de todos los otros es la ley que los comprende, y que una vez determinada, permite también como el fenómeno la coincidencia de otras leyes. El mismo de todas las leyes es la ley indefinida, que se ha llamado impropriamente universal.

Ley indefinida no es más que un *mismo* coeficiente, indeterminado igualmente como fenómeno y como ley; *nada en sí*, pero que es preciso sentir en relación, para sentir la determinación en el tiempo de todo fenómeno y de toda ley.

Tal es el *mismo* de todos los *otros* (yo pensante) que puede hacerse *otro* sin dejar de ser el *mismo*, y que sin embargo, ha de acompañar á todos los otros, como la sombra al cuerpo, como la actividad á la inercia, como el Creador á lo creado.

Antes que la doctrina positivista consignara el llamado *altruismo*, se conocía la otreidad como elemento

de la función entre el *mismo* y el *otro*, concebida por Platón.

Decía Platón que se concibe desde luego el mismo como distinto del otro; pero que teniendo en cuenta la condición de ser el mismo otro que el otro, así como también el otro ha de ser el mismo que sí mismo; la unidad común debía pertenecer al mismo; por más que de ella surgiera la dualidad «mismo y otro».

Hay aquí un partido tomado á favor del mismo, que no se justifica. Análoga conclusión á la favorable al mismo, favorece también al otro. El concepto entero, como toda relación, suficientemente desenvuelto, tiene cuatro elementos: dos polos antagonistas y un término medio, que á su vez pide otro extremo. Así resulta un cuaternario de extremos, con dos extremos posibles, y aun *necesariamente* relacionados en toda teoría filosófica.

El *mismo* de Platón es la *identidad*, que media en el concepto de relación entre los extremos de la necesaria *distinción*; pero no ha de entenderse identidad absoluta, porque entonces caemos en el exclusivismo positivista; sino identidad relativa, que si afirmada conduce á la determinación (reino inorgánico), negada conduce á la indeterminación.

Parece que el conducir á la indeterminación es conducir á ninguna cosa; y así es la verdad, cuando se considera al pensamiento en inmovilidad teórica. Pero el *cambio* en el tiempo no se verificaría, si lo antes inmóvil no cambiara, trocándose la indeterminación en determinación práctica, comienzo de una serie que, mientras dura, promete prolongarse indefinidamente.

Otro, en sanscrito *anyas*, en grie-

go *állos*, en latín *alius*, altar. — Lo contrapuesto al *mismo*, como el no ser al ser, la negación á la afirmación y lo indefinido á lo definido.

Lo otro no puede refundirse en lo mismo, ni reciprocamente. Lo uno y lo otro en situación estática, son el sujeto humano y sus objetos, inmobilizados por la reflexión. En situación práctica, lo *uno* no puede hacerse por *otro*; el sujeto no puede ser hecho por el objeto, ni lo indefinido por lo definido, á menos de ser *deshecho* sin remisión lo definido.

Forzoso es, pues, que lo indefinido (en lo porvenir) se haga *á sí mismo* definido (en lo presente); y así principian todas las cosas dentro de la vida humana, comenzando por hacerse el sujeto pensante objeto para sí propio.

No sucede lo mismo en el reino inorgánico, en el polo positivo de la vida (matemático).

Allí, desde que se concibe, como tres *uno* y *otro* más, se concibe toda la numeración.

En lo viviente, el ternario numérico se eleva á cuaternario; porque interviene el tiempo condicionando la vida práctica; y el tiempo no se concibe, sino como *ciclo* comprensivo de lo presente, lo ausente, lo pasado y lo porvenir.

La teoría matemática es ternaria porque no se cuenta con el porvenir, cuando se la estudia ya hecha como absoluta teoría.

Si en lugar de estudiarla *cómo es*, se la estudiara *cómo se hace*, se caería en la cuenta de que la hace el pensamiento *estudiándose á sí mismo*.

Ovario, le huevo. — Órgano donde se albergan rudimentos dispuestos á iniciar una vida independiente, en cuanto se pongan en contacto con

algo que represente lo indefinido en frente de su forma definida.

Iniciada esta vida puede permanecer en potencia, hasta que la convierta en acto un agente externo, suscitador adecuado de la energía interior.

Oxígeno. — Gas representante de lo positivo en la formación del agua, que *simboliza* en cierto modo, dentro de la naturaleza inorgánica, un polo de la vida.

El oxígeno figura también como polo extremo, en sus combinaciones con otros elementos, para producir diversos cuerpos de la naturaleza.

Ozono, del griego *ózein*, oler. — Modo de ser del oxígeno, que modifica su cualidad, sin que aparezcan por eso dos cuerpos distintos, susceptibles de síntesis y análisis correlativa.

El oxígeno, como todos los cuerpos *químicamente simples*, es llamado así, porque representa un polo como tesis, que enfrente de otro como antítesis, permite una síntesis positiva y la negación de la síntesis positiva (análisis).

En el reino inorgánico, la antítesis, que en el reino viviente es progresiva, aparece al contrario regresivamente, y restituye las cosas al estado aquel, en que figuraban los componentes como tesis y como antítesis, y no como síntesis.

En la vida, por el contrario, la función se reproduce (se regenera) indefinidamente; haciéndose la síntesis obtenida una nueva tesis, y la antítesis una nueva antítesis; y continuando este *progreso* mientras dura el vivir.

Los cuerpos inorgánicos son susceptibles de cambios en calidad, permaneciendo ellos *los mismos* en su cantidad, como el sujeto viviente puede permanecer el mismo, á pesar de todos los cambios objetivos que á su frente se realicen. La calidad (especie físico-química) de los cuerpos puede cambiar á impulsos de causas exteriores, conocidas ó desconocidas; lo mismo que el sujeto *necesita* cambiar por causa desconocida, pero apreciable por el sujeto mismo que siente el cambio.